



“Para encender una fe, no de derecha (que en el fondo aspira a conservarlo todo, hasta lo injusto), ni de izquierda (que en el fondo aspira a destruirlo todo, hasta lo bueno), sino una fe colectiva, integradora, nacional, ha nacido el fascismo. En su fe reside su fecundidad, contra la que no podrán nada las persecuciones. Bien lo saben quienes medran con la discordia...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 407 (2ª Época). Agosto 2026

1. **Cuestión de fronteras.** *Manuel Parra Celaya*
2. **El ilustre Diego Márquez.** *Carlos León Roch*
3. **Hablemos de Revoluciones I. La Revolución que siempre queda pendiente.**
José Ignacio Moreno Gómez
4. **Memoria Histórica, el Túnel de la Muerte II.** *Francisco Blanco*
5. **La vida oculta de Paulino Uzcudun.** *Julio Arrieta*
6. **El testamento que desmonta el mito laico de José Antonio.** *Infovaticana*
7. **José Antonio; un raro español y del Atleti.** *Javier Rioyo*
8. **Primo de Rivera es molesto.** *Jorge Vilches*
9. **El Zurdo, los azules y los ecos de la Movida.** *Gustavo Morales*
10. **El relevo del alba.** *Gaspar Gómez de la Serna*

La frase un mundo sin fronteras puede tener variadas y contradictorias significaciones intencionales. Tirando por elevación, puede referirse al sublime ideal de unificación del género humano desde un prisma religioso, con especial hincapié en el sentido cristiano y, más concretamente, católico, es decir, universal.

En el extremo contrario, tenemos las inquietudes nacionalistas, que se despepitan por establecer unas fronteras que estén situadas prácticamente a la puerta de sus respectivos terruños y vengan marcadas por un etnicismo lingüístico, bajo el que subyacen fuertes intereses económicos de origen claramente caciquista; y el Estado de las Autonomías español es un caso paradigmático de esta segunda interpretación.

Lo cierto es que las fronteras existen en la realidad política mundial, y ya no suelen venir dadas por factores geográficos ni, mucho menos, por veleidades raciales / lingüísticas. De este modo, cada Estado tiene establecidas unas líneas divisorias, que se pueden desdibujar venturosamente en aspectos concretos, cuando los tratados de cooperación y amistad abren horizontes; es el caso de Europa, no tanto por la burocracia de la U.E. -artificiosa- sino por las raíces culturales y religiosas comunes.

El sueño de una ecúmene hispánica sigue siendo en la actualidad nada más que una ensoñación, que mantenemos unos cuantos idealistas en contradicción constante con una tozuda evidencia.

Pero algunas fronteras estatales son muy frágiles, y tenemos que volver lamentablemente al caso español, pues los movimientos migratorios, lejos de ser una constante muchas veces imparable y lógica, se han convertido aquí en una auténtica invasión sobre un Estado europeo -fallido por las trazas- que se ve inerme ante las avalanchas del exterior, con un Gobierno que ya no sabemos si calificar de inepto o pusilánime o colaboracionista; quizás el apelativo más adecuado sea el de consentido, que tantas connotaciones negativas tiene en nuestro idioma.



Dos noticias de hace pocos días parecen avalar este feo calificativo. Una de ellas fue el asalto en toda regla de casi dos mil personas, llevadas a poca distancia de Ceuta por las mafias de trato de personas, en concreto en el coladero de la playa del Tarajal.

Inmediatamente, escuché otra variante sobre esta noticia: presumiblemente, los Gobiernos -tan amigos siempre- de España y Marruecos habían llegado a un acuerdo para hacer volver a los invasores. Veremos si es cierto, pero las sospechas van a perdurar en mi interior, dado el constante afán marroquí por apoderarse de las españolísimas ciudades de Ceuta y Melilla, que no han cesado nunca.

La segunda noticia se refiere a la denominada ley de nietos, promovida por el Ejecutivo de Pedro Sánchez; sabemos por los medios que se ha convertido en la ley de nietos, biznietos y tataranietos; los aviesos propósitos preelectorales sobrevuelan la iniciativa. Sería un nuevo asalto a nuestras fronteras, esta vez con un respaldo legislativo, que, por muy contestado y protestado que sea por una angélica Oposición, seguro que sería aceptada y aprobada por los socios del Gobierno, incluso con el paradójico concurso de los nacionalistas: entre dejar caer un Gobierno, tan acusado de corrupción, pero favorable a sus intereses o dejar paso a las urnas, aceptarían el mantenella e no enmendalla; no les haría falta taparse las narices para ello...

De este modo, las fronteras españolas -y europeas al fin- son tan permeables que se nos aparecen como inexistentes. Y, por supuesto, no con la primera interpretación que hemos dado en estas líneas, es decir, con la de la universalidad-catolicidad del entendimiento de todo el género humano.

2

El ilustre Diego Márquez

Carlos León Roch

Sí, estaban en la calle Ferraz de Madrid; la misma calle en la que el PSOE recibe las manifestaciones. Para mí, parece que fue ayer. Eran los años sesenta del pasado siglo. Los pocos estudiantes joseantonianos de la Complutense nos afanábamos en sobrevivir a la avalancha de las izquierdas, dirigidas por la F.U.E. ¿o FUDE?

Permanecía nuestro S.E.U. original, aunque ya convertido en un simple gestor de ayudas estudiantiles, sin aspiraciones revolucionarias. Nosotros nos refugiamos en las Falanges Universitarias, en C/ Barquillo 48 que mandaba el inolvidable Federico Sánchez Aguilar. Allí, además de la actividad en las aulas y en las calles, asistíamos a charlas y conferencias dadas -naturalmente- por camaradas o gentes afines. Y allí escuché, por primera vez a Diego, a Diego Márquez Horrillo, que era presidente de los “Círculos José Antonio” (si, los de la calle Ferraz).



“ Los Círculos” y la “Agrupación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes” de Manuel Cantarero del Castillo eran las organizaciones en las que nos

acogíamos los “joseantonianos moderados”, reticentes con el ya desvaído aparato oficial de Alcalá 44 y sin decisión para afiliarnos a la Auténtica de Narciso Perales, ni para la Independiente de Sigfredo Hillers; aunque con ambas congeniábamos..

Diego Márquez era cordobés, de Peñarroya-Pueblonuevo, nacido en 1930 y estuvo afiliado, desde niño a Falange Española de las JONS. Secretario General del SEU auténtico muestra sobrados méritos para ser incluido entre los JOSEANTONIANOS ILUSTRES.

3

Hablemos de Revoluciones I. La Revolución que siempre queda pendiente

José Ignacio Moreno Gómez

Actualmente, casi nadie habla ya de revolución en el sentido clásico del término. La izquierda que hoy se presenta como más avanzada y progresista —la denominada woke, íntimamente asociada a la corrección política y no pocas veces coincidente con los intereses del liberalismo económico— parece haber renunciado a cualquier transformación sustancial de las estructuras de producción y de las relaciones económicas. Su crítica del capitalismo rara vez trasciende el plano retórico y resulta perfectamente compatible con un sistema que ha aprendido a integrar, e incluso a rentabilizar, buena parte de sus reivindicaciones.

Las clases sociales han desaparecido del horizonte de esa nueva izquierda, sustituidas por un mosaico de identidades victimizadas. La explotación deja paso a la vulnerabilidad como categoría política fundamental; la emancipación colectiva cede terreno a la reivindicación fragmentaria de colectivos particulares. Ya no se pretende alterar las estructuras del poder económico, sino garantizar que todas las identidades tengan acceso a ellas y obtengan su correspondiente reconocimiento. En España la desorientación de la izquierda es total. Las sedicentes izquierdas actuales se han situado apoyando a la corrupción y a la delincuencia más descarada que gira en torno a Pedro Sánchez. El descrédito les acompañará por muchos años. Tampoco en el resto de Europa siguen un rumbo claro, pues parece que en determinados asuntos sus posicionamientos frente al poder son extremadamente débiles. El resultado es una impugnación bastante superficial del orden existente, compatible con un capitalismo que ha convertido la diversidad en estrategia comercial y en eficaz mecanismo de legitimación. Mientras las grandes corporaciones enarbolan banderas arcoíris y multiplican sus políticas de inclusión, las viejas desigualdades materiales permanecen prácticamente intactas.

También se nos dice que la revolución ha cambiado de escenario. Abandonada la pretensión de transformar las estructuras económicas, la subversión se desplaza al

ámbito simbólico. La familia, la tradición, el lenguaje, la memoria histórica, las costumbres e incluso la propia naturaleza humana pasan a convertirse en objeto de una incesante ingeniería cultural. La emancipación ya no consiste tanto en liberar al hombre de las injusticias materiales cuanto en emanciparlo de su propia herencia cultural, moral y espiritual.

Sin embargo, este discurso, revestido de retórica progresista, encierra presupuestos sorprendentemente conservadores. ¿Desde cuándo constituye un ideal emancipador presentar a la mujer como un ser necesitado de tutela permanente frente al varón? ¿No supone una forma de paternalismo profundamente humillante insinuar que solo mediante cuotas puede competir en igualdad de condiciones? Y, del mismo modo, ¿no contradice el principio mismo de igualdad atribuir a determinadas personas una autoridad moral derivada exclusivamente de su raza, su orientación sexual o su identidad de género? Allí donde la dignidad deja de descansar en la común naturaleza humana para depender de la pertenencia a un determinado colectivo, la igualdad deja de ser un principio universal para convertirse en un privilegio identitario.

Desde nuestra concepción cristiana del hombre, semejante planteamiento resulta especialmente problemático. La dignidad humana no nace de la pertenencia a un grupo, ni del sufrimiento histórico acumulado por una determinada identidad, sino de la condición personal de todo ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Cuando la identidad sustituye a la persona y el agravio reemplaza al bien común como criterio político, la sociedad deja de buscar la justicia para organizarse como una permanente competición entre víctimas.

Pero sería un error identificar la decadencia del ideal revolucionario contemporáneo con el agotamiento de la idea misma de revolución. Son cuestiones distintas.

La Revolución (con mayúscula), entendida como transformación radical de la sociedad, constituye uno de los grandes mitos políticos de la modernidad. No solo eso. Más allá del mito, el término Revolución aparece contrapuesto por diversos pensadores —que la identifican con los excesos jacobinos de finales del siglo XVIII y quizá no anden muy descaminados—, al término Tradición. Esto se materializó en aquella esperpéntica escenificación que supuso la entronización de la diosa Razón en la catedral de Notre Dame, simbolizando un vuelco de ciento ochenta grados de un mundo que reverenciaba a Dios, creador y providente, hacia una sociedad atea en su fundamentación política, donde la religiosidad, si acaso, quedaba relegada a la privacidad y al ostracismo público. Parece que el imaginario revolucionario quedó profundamente marcado por esta deriva del jacobinismo. La Tradición establecía que la fe en Dios constituía el referente superior de la humanidad: de una humanidad que debía, no obstante, hacer uso de su libertad, su raciocinio y su recto juicio para afrontar los problemas temporales. Pero la Revolución coloca en el vértice superior al

hombre racionalista con su lógica puramente humana, sin más referente último que un ensoberbecido convencimiento en su autonomía plena, fuera del lugar destacado donde el orden cristiano había colocado a la razón rectamente ordenada a la Verdad y a la Bondad. El hombre racionalista acaba por desplazar totalmente a Dios. Y pasa a ocupar su lugar. Nace el otro gran mito modernista: el de la soberanía popular entendida como fundamento último del orden político. Luego de ésta Revolución por antonomasia, y constatadas sus insatisfactorias consecuencias, han sucedido revoluciones diversas, igualmente soberbias y fraudulentas. Una de las hijas naturales de la revolución modernista fue, sin duda, la revolución del sedicente materialismo científico marxista. Por supuesto, también ha habido innumerables revueltas y motines, con menores ínfulas y dosis más diluidas de engreimiento moral.

Claro que tanto los hombres que creen en el Dios creador y providente, como los ateos y los agnósticos, experimentan en el escenario mundano, de tejas para abajo, que es común a todos los mortales, la realidad del triunfo del mal y de la injusticia. Por ello, es no solo lógico sino hasta exigible que se rebelen contra los grandes desafueros evitables —aquellos que tienen unas causas y unos causantes fácilmente identificables— como contra los que escapan a diagnósticos fáciles.

La Humanidad siempre ha creado mitos y arquetipos. Lo perturbador de los mitos es que remiten siempre a un ideal que nunca llega a alcanzarse plenamente por más que naveguemos a su encuentro. Igual que la raya del horizonte, debido a la redondez de la Tierra, es siempre inalcanzable. Es otro mito. Pero es útil saber al menos hacia donde debemos poner la proa de nuestras empresas y qué golpes de timón debemos dar en cada momento para corregir el rumbo equivocado. Así, el hombre humilde y sensato en sus pretensiones, también puede y debe ser revolucionario. Revolucionario al modo del piloto sabio, quien con mano firme corrige en cada momento la deriva de su nave, y no duda en dar las vueltas de timón que sean precisas para sortear las embestidas con que azota la mala mar.

Toda revolución —quitémosle ya la letra mayúscula— aspira a modificar las estructuras profundas de la convivencia humana y a corregir injusticias y defectos que parecen inherentes a la condición del hombre. Sin embargo, la experiencia histórica muestra una constante: toda obra humana resulta inevitablemente limitada, provisional e imperfecta.

Las revoluciones (aunque con minúscula) para que sean verdaderas, han de tener simultáneamente, una dimensión personal —de las personas, en cuanto individuos interpelados por un planteamiento ético propio— y comunitaria —por cuanto esas mismas personas, previamente a cualquier forma de contrato social, son portadoras, desde su nacimiento, de vínculos sociales y relacionales con otras personas. Tal como apuntaba Emmanuel Mounier, cualquier revolución auténtica es simultáneamente, moral y social. No obstante, para desesperación de muchos, para hastío y

desistimiento de tantos, parece como si sólo una fuerza externa al hombre (Dios para los creyentes) pudiera verdaderamente cambiar la naturaleza del ser humano y sanar sus pecados más entrañables. Toda obra cimentada en las acciones del hombre resulta, al igual que los aforismos de Nietzsche, siempre demasiado humana. Exasperantemente limitada, pobre y provisional. Somos así; pero la inseguridad de alcanzar la meta no otorga título suficiente para el conformismo. El hombre es un ser que está siempre en camino, aunque el destino sea incierto, y muchas veces damos pasos que nos retornen al punto de partida. Sin embargo, tal y como afirmó la doctrina católica del libre albedrío —proclamada por frailes españoles—, el hombre no está predeterminado y tiene capacidad para salvarse, con la ayuda de Dios, o para condenarse.

Resulta desalentador comprobar que las acciones humanas presentan una exasperante curvatura cíclica en el tiempo. En los movimientos de liberación, por avanzados que se nos presenten, operan fuerzas contradictorias que, como en las leyes de conservación de la Física, acaban por neutralizarse entre sí. El vector resultante —sin negar los innegables avances sociales y el progresivo proceso de humanización que la historia también registra— conserva, sin embargo, componentes obstinadamente reaccionarias. El resultado suele ser paradójico: cambian los nombres, pero persisten las lógicas del poder. Sobre los dominadores de antaño se alzan con frecuencia los usurpadores de hogaño.

Esta constatación nos obliga a mantener permanentemente alerta nuestro espíritu de rebeldía. Las tendencias egoístas e insolidarias que anidan en el ser humano imprimen a la historia una terca inercia hacia la reproducción de viejas formas de dominación. Por eso la revolución nunca puede darse por concluida: es una tarea siempre inacabada. Charles Tilly ya advertía de la necesidad de distinguir entre las situaciones revolucionarias y las salidas revolucionarias, pues estas no siempre desembocan en transformaciones profundas del Estado y, menos aún, de la sociedad. La revolución siempre es tarea que queda pendiente.

Cabe añadir, además, que los parteros de las revoluciones, al contrario de lo que sostienen ciertas ideologías —especialmente las autoproclamadas sociologías «científicas»—, no tienen por qué pertenecer necesariamente a una determinada clase social. La sensibilidad frente a la opresión y al sufrimiento de tantos hombres y mujeres —también el de tantos niños condenados a infancias rotas— está al alcance de toda persona capaz de arrancar las malas hierbas que asfixian los brotes de su humanidad más auténtica y de renunciar a las comodidades con las que la fortuna la ha favorecido en un reparto profundamente desigual. Existe un humus cálido y fértil que alimenta toda alma humana. Preparado y oxigenado, siempre está dispuesto a recibir las semillas de esperanza que porta toda palabra liberadora; pero esa disposición exige una disciplina ascética precisamente contraria al espíritu de la sociedad de consumo.

No podemos caer en el conformismo. Al contrario, estamos obligados a comprender y a reemprender la revolución (con minúscula y comenzando por su dimensión personal y moral) como una tarea que siempre es inacabada e imperfecta. Los avances sociales y políticos son reales, pero también lo es la persistencia de tendencias egoístas e insolidarias que reaparecen bajo nuevas formas. La historia de las revoluciones revela con frecuencia la paradoja recurrente a la que antes nos referíamos: los dominadores de ayer son sustituidos por nuevos dominadores que reproducen, con otros nombres, viejas estructuras de poder. ¿Cómo evitar que una revolución desemboque simplemente en la sustitución de unas élites por otras? ¿Cómo procuraremos impedir que la movilización popular termine degenerando en caos, impotencia o nuevas formas de dominación?

Y otra última cuestión: toda revolución necesita algo más que legitimidad para destruir un orden; necesita también capacidad para construir el siguiente. La cuestión consiste entonces en determinar cómo puede formarse esa capacidad dirigente sin recaer en la simple reproducción de las viejas élites.

4

Memoria Histórica. El Tunel de la Muerte II

Francisco Blanco

LOS ACTORES (y que me perdonen si he olvidado a alguno)

Justo López de la Fuente, jefe de la 36 Brigada que siguiendo el proceso de control y depuración que se llevaba escudriñó a los miembros de su unidad por si hubiera en ella fascistas y ordenó, porque algo había, fusilamientos.

Juan Ruiz Llamas, un personaje que había tenido ascenso meteórico durante el conflicto, de profesión electricista, natural de La Viñuela (Málaga) que fue nombrado cabo nada más empezar la guerra y enrolarse voluntario en el Batallón de milicias establecido en el convento de Salesianos en la ronda de Atocha. El 20 de Agosto, con sólo un mes de por medio de guerra, ya le hicieron capitán. Enrolado en el mítico Quinto regimiento pasaba el 17 de noviembre de 1936 a dirigir el batallón 142 en el frente de Usera y el 12 de Febrero del 1937 ascendió a Comandante

Manuel Domínguez Garzón destinado por el SIM a la Brigada 36. Una brigada mixta en donde confluían, como en todas, el ejército gris, leal, de mesa y máquina de escribir más las milicias rojas y rojinegras -de la FAI, claro-. Sujeto con currículum, muy importante para estas labores, asaltante del cuartel de la Montaña e instructor de milicianos del 5º Regimiento en el patio de un convento, el de los salesianos de Estrecho. Este Domínguez Garzón con precisas instrucciones de acabar con la quinta columna y sembrar el terror presentó a Juan Ruiz Llamas, comandante del batallón, a Casimiro Duran y a Federico Esponda.

Casimiro Durán Muñoz, natural de Boadilla-sic-(Bonilla?) de la Sierra, nacido en 1905, planchador en los talleres Flomarn, casado y con dos hijos, a los que evacuaría a Francia al finalizar la guerra. De este sujeto, un auténtico psicópata, tenemos la descripción de quienes le conocieron como individuo que usaba gafas de color, que estaba muy relacionado con Juan Cabrera, con el Comandante del Batallón 142 y con un rumano, que utilizaba el nombre falso de Antonio Llama Aragón, antiguo vendedor ambulante que también será partícipe de las matanzas. Su aparición por el frente de Usera la hizo sin uniforme militar, vestido de paisano- así le recuerdan siempre- aunque no olvidaba la guerrera de cuero y la pistola al cinto. Tenía facilidad de palabra, era de estatura regular, cara estrecha, algo calvo y le faltaban algunos dientes superiores. Durán disponía de poderes inspectores, un oficio del jefe del SIM del Ejército de Centro-Ángel Pedrero- que le daba posibilidad total de circulación por toda la zona de guerra y acabar con la vasta organización de espionaje de la quinta columna, que no hacían más que fastidiar y mandar mensajitos a la Torre de Esteban Hambrán.

Federico Esponda Quevedo, otra figura, con problema de manquedad y que antes de la guerra trabajaba en un almacén de frascos y botellas en la Plaza Mayor.

Juan Cabrera, de ideología comunista, pertenecía a la 36 Brigada Mixta estacionada en el sector de Usera en la que permanecería hasta entrado el 1938. Cierta aureola rodeaba a Cabrera, en noviembre del 36, un año antes, había obtenido notoriedad por contener el ataque de los moros en el Puente de la Princesa y cargarse una tanqueta. Durante un tiempo ejerció de comandante en el batallón de matarifes. Moriría en el frente de levante (en Val de Uxó) en octubre de 1938.

A esta banda suman las fuentes el acompañamiento del comisario político Joaquín Huerta

Otro personaje interesante fue Andrés Sánchez Frías, que era hombre de confianza del capitán Cabrera, servidor-esclavo, quien le mandaba a Ventura de la Vega 13 a por víveres, ya se verá por qué. Este sujeto, de muy buena memoria histórica, relataría con precisión hasta seis de los tours organizados. Recibió instrucciones precisas para mantener el engaño de una supuesta ideología, en el caso de que le preguntaran sobre la adscripción ideológica del capitán, la respuesta debía ser que era fascista. Fue también él quien llevó carta de Durán a Nicolasa Sánchez para realizar la primera expedición de martirio y, asimismo, el que condujo a la segunda expedición desde Ventura de la Vega y también quien el 22 de Octubre llevó al sacerdote Serafín Sánchez Pindado desde la calle Sánchez Bustillos 5 a Usera para “pasarle a la zona nacional”. Además del engaño, tortura y muerte le animaba el robo, parte de las joyas expoliadas a los asesinados fueron a parar a su madre residente en la madrileña calle de Jardines 15. La impunidad por la realización de una cadena de delitos repugnantes se hacía con naturalidad, a sabiendas de que les estaba permitido,

hasta el punto de que este individuo se jactaba en las mañanas siguientes a los asesinatos de haber acabado con los detenidos y enseñaba el botín fruto de sus hazañas: alhajas, relojes y prendas de vestir que había quitado a las víctimas tal y como aseguraron testigos de los hechos.

EL PLAN

Por fijar un lugar de comienzo situaremos éste en una pensión en la calle Ventura de la Vega en el centro de Madrid, cuya propietaria era Nicolasa Sánchez, una mujer con ideología de derechas, viuda y natural de San Esteban de los Patos (Ávila) a la que al final también la darían mulé. Entre los pupilos de su pensión se encontraba un capitán del Ejército rojo, Juan Cabrera, casualmente aparecido por allí con ansia asesina y ladrona, disfrazado de emboscado nacional, con quien la dueña de la pensión mantendría una relación sentimental. Este Cabrera, entre tiro y tiro, también desengrasaba el fusil en escenarios no bélicos y se narró en los papeles su asistencia a una especie de teatro de varietés con largas juergas nocturnas y de su hospedaje esporádico en la respetable mansión de “los catorce cuartos”; que no era todo en la vida la lucha por la defensa de la democracia frente a los fascistas.

De la vivienda referida de Ventura de la Vega salía el rumor de que era posible pasar al bando nacional por el frente de Usera. Una sobrina de la propietaria, Natividad Delgado, así se lo había hecho saber a la hermana de Manuel de la Dehesa Fuentecilla, quien caería en la trampa y sería asesinado. Éste había pasado la voz a Alfonso Solance, quien a su vez se lo había manifestado a un sacerdote, Ismael Rodríguez Orduña— que utilizaba el nombre de Don Pedro— cuando le fue secretamente a confesar. Así se tejía una cadena de interesados que tenían la esperanza de huir del Madrid rojo y hambriento. Ismael había sido canónigo de la catedral de Málaga y se encontraba refugiado en la calle Viriato 73 en el domicilio de José María Miró y Trepát , quien aportó datos junto con otros, en la investigación realizada, concluida la guerra, que evidencian un plan urdido mediante el engaño sabiendo que había presas fáciles, “de derechas”, en algún caso adineradas y a quienes había que eliminar.

Durante el verano de 1937 Juan Cabrera había abandonado el acuartelamiento del frente de Usera y marchado a vivir a la pensión de Ventura de la Vega. Por esas fechas, apareció por la Brigada 36 un sujeto conocido como Capitán Durán o Comandante Durán, máximo responsable de los hechos acontecidos. Desde el comienzo de la guerra y al servicio del Partido comunista se había encargado de tareas represivas.



Muy posiblemente fue Juan Cabrera quien le introdujo en el círculo de Natividad e incluso un informe policial le supone amante de la sobrina de Nicolasa, Natividad Delgado. Durán pertenecía al Servicio de Información del Ejército y cuya misión fundamental consistía en eliminar a sujetos de la “quinta columna”, entrando en ese colectivo cualquiera que manifestara adhesión o simpatía por el bando nacional o que se supusiese que la tenía. Le acompañaba como hombre de confianza el tal Federico Esponda Quevedo, definido por gentes que le conocieron como “comunista, sanguinario y alcoholizado”. Durán además utilizaba como chófer a un joven alto, rubio, de 24-28 años partícipe también de los hechos.

Cuando contactó con el capitán Cabrera, Casimiro Durán le pidió un local para oficina y que se dispusiera una escuadra a su servicio. Se le dio una vivienda en la calle Alfonso Olivares 4 y pasado unos días (tras la tercera de las expediciones de la muerte) se le concedió otro local en la calle Amor Hermoso nº1 por petición suya, justificada en que se había establecido una fuerza militar próxima a la primera de las viviendas y no quería que conocieran sus actividades. La escuadra fue seleccionada por Manuel Domínguez Garzón. Una unidad en donde aparecía de cabo Gregorio Caballero y de milicianos Domínguez Garzón, un sujeto apodado “el galleguito”, un tal Torres y Francisco Román. A esta banda acompañó también en los asesinatos el comisario político Joaquín Huerta. Lo que subraya cómo la dirección del SIM estaba interesada y dirigía aquello.

El plan que se tramó consistía en contactar con conocidos de Nicolasa que se encontraban alojados en recintos diplomáticos para evitar su captura o escondidos en viviendas particulares y, tras el pago de fuertes cantidades, facilitarles el paso a zona nacional por el frente de Usera. Usaron “ganchos”, personas en las que se podía confiar, uno de ellos, Rodrigo Sánchez Delgado, alias “el gafas” sobrino de Nicolasa. El facilitar la huida a cambio de dinero o alhajas fijaba ya en principio que los viajeros gozaban de algunos recursos materiales, ello explica la significativa presencia de nobles entre los que iban a encontrar la muerte; alguno de ellos pertinaz en el empeño de escapar del Madrid rojo y que ya contaba con intentos frustrados anteriores, tal fue el caso del Marqués de Fontalba. Se les hablaba de un túnel como medio de escapada (al principio el señuelo pudo ser un arroyo) por el que pasarían a posiciones del ejército de Franco. Para lo cual, como es lógico, harían acopio de alhajas o de dinero para la nueva vida que les esperaba.

Desde los lugares de residencia o desde la calle Ventura de la Vega hasta diez expediciones salieron hacia Usera de donde nunca pasaron. Una vez en los locales que se han indicado eran detenidos, atados, torturados y ejecutados. Las tres primeras expediciones fueron a parar a Alfonso Olivares 4. Uno de estos primeros expedicionarios, Manuel Toil Messia, natural de Granada, hijo de la Condesa de Cazalla del Río y casado con María del Carmen Valiente Soriano consiguió grabar en la pared del lugar de encierro, en las vísperas de su asesinato, unas estremecedoras

palabras con algún material punzante en donde se puede leer: “Me han preparado una encerrona y traído a esta casa con otros 15, Espero nos fusilarán. Sea la voluntad de Dios. Manuel Toil Messia. Ronero. Sol 4. Madrid. Los autores mataron y conoce...de Coín de Málaga”.

Interesante resulta la tacada de nobles para el matadero que se produjo entre los días 4 y 9 de noviembre: Luis San Gil y Coronel (marqués de Peramán), el marqués de Casa Estrada, el marqués de Fontalba o el conde de Balazote, y apuntar sobre este último, Fernando Díaz de Mendoza y Serrano, que era hermano del padre del futuro actor Fernando Fernán Gómez.

Las víctimas que creían en la huida, para confirmar su llegada a zona nacional contaban con consignas del tipo “los tres Jeremías bien” “Don Pedro y los suyos bien”, “el gato y la gata bien” que serían emitidas por radio para dar tranquilidad a conocidos y familiares. Conocidas esas por sus verdugos por confesión de las víctimas tras aplicarles la tortura, eran comunicadas a los servicios del SIM de la periferia para conseguir su emisión y mantener el engaño. Enterados en la zona nacional de que algo raro ocurría, el general Queipo de Llano alertó a través de la radio, sus ondas llegaban a Madrid, y quizás algunos se salvaron de una segura muerte si hubieran entrado en el juego. Sabemos que Casimiro Durán cesó las expediciones diciendo que los fascistas ya le conocían y se marchó a la zona de levante. Había dejado un reguero de engaño y muerte.

Junto a las viviendas del crimen o en zonas muy próximas se habían abierto zanjas para enterrar a los muertos. En las calles de Alfonso Olivares, en Amor Hermoso y en San Julián, fosas de 3,50 x 1,50 x 1, fosas de 2,50 x 1,80, fosas de 1,40 y de gran longitud donde sólo en sus primeros 20 metros se llegarían a descubrir veinte cadáveres, fosas a las que iban a parar aquellas pobres gentes.

LAS EXHUMACIONES

Acabada la guerra se procedió a la exhumación y estudio tanatológico de los restos. Su análisis dio la lectura aproximada de lo que ocurrió en el frente de Usera, en la Brigada 36, cumpliendo órdenes del SIM, dependiente del gobierno legítimo de la República. El estudio realizado en la escuela de medicina legal de Madrid por el doctor Piga los días 21 y 22 de Agosto de 1939 habla de sesenta y siete cadáveres encontrados, inhumados sin féretro, con total ausencia de documentos identificativos. Los restos desarticulados por la presión de cuerdas de esparto, cables telefónicos y eléctricos con los que eran atados y posteriormente asesinados. Incluso se sugiere que las cuerdas pudieron en algún caso servir para la estrangulación “(trozo de cuero cabelludo con pelo de región occipital, único que se conserva, y una cuerda en forma de lazo”).

Se detectaron lesiones anteriores al momento de la muerte, claro indicativo de haber sido torturados. En los cadáveres eran frecuentes las fracturas craneales por tiros en la cabeza (“fractura de cráneo en región occipital derecha”) y las bóvedas craneales destrozadas. Sugería también el análisis que otro medio de muerte pudo ser la sofocación –pañuelo en la boca del cadáver- o el empleo de una “técnica mixta” de pañuelo en boca para ahogar los gritos y tiro en la nuca. De los restos humanos estudiados dos eran femeninos y la tercera parte de los cadáveres de personas menores de 30 años.

En el convento de las teatinas de la Inmaculada Concepción se encuentra la cripta con los asesinados del túnel de la muerte. Entre ellos nobles, militares, falangistas y requetés, otros sin significación política partidista definida. Todos deseando llegar al terreno donde estaban los suyos, donde estaban los que se habían sublevado contra la “democracia”. La ley de SU memoria dicen: ...”manifestado por la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados que el 20 de noviembre de 2002 aprobó por unanimidad una Proposición no de Ley en la que el órgano de representación de la ciudadanía reiteraba que «nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y dignidad de todos los ciudadanos, lo que merece la condena y repulsa de nuestra sociedad democrática».

Es clara la conclusión: las 67 víctimas cuyos nombres figuran más abajo eran partidarias de quien “había utilizado la violencia para imponer sus convicciones políticas contrarias a la libertad y dignidad de todos los ciudadanos merecen la condena y la repulsa de nuestra sociedad democrática”. Sus verdugos: el SIM, el comandante Durán, el capitán Cabrera y toda su cuadrilla, defensores de la república “democrática” ¿fueron exponente y ejemplo de la libertad y de la dignidad de todos los ciudadanos? Que me lo expliquen.

LAS VÍCTIMAS

En http://www.fnff.es/El_tunel_de_la_muerte_139_c.htm figura la siguiente relación

1. Aparicio Gordo, Gerardo.- Estudiante.
2. Arroquia Ibarra, Antonio.-Teniente de Artillería, aviador.
3. Bonilla San Martín, Antonio.-Comandante de Infantería.
4. Camps Burón, Emilio.- Piloto mecánico de aviación.
5. Cárcer Ruano, Francisco.- Estudiante.
6. Cárcer Ruano, Jaime.- Ingeniero.
7. Covián Frera, Enrique.- Abogado.
8. Cubas y Erice, Francisco.- Marqués de Fontalba y de Cubas.

9. Dalmau Alecha, Alfonso.- Ingeniero.
10. Delgado Sánchez, Domingo.- Estudiante.
11. Delgado Sánchez, Natividad.
12. Delgado Sánchez, Rodrigo.-Estudiante.
13. Dehesa Fuentecilla, Manuel de la.- Empleado.
14. Díaz de Mendoza y Serrano, Fernando.- Marqués de Fontanar y Conde de Balazote y de Lalaig.- Catedrático.
15. Duque de Estrada y Moreno, José.- Marqués de Casa Estrada.
16. Espinosa Rodríguez, Ambrosio.- Comandante e ingeniero naval.
17. García Conde y Menéndez, José.- Abogado.
18. García de la Mata, Manuel.- Ingeniero.
19. Garnica y Sandoval, Carlos.- Farmacéutico.
20. Garnica y Zapatero, José.- Estudiante.
21. San Gil Coronel, Luis.- Marqués de Peramán.-Ingeniero.
22. Gil, Joaquín.- Ingeniero.
23. González Prieto, Fernando.-Fiscal del Tribunal de Casación de Cataluña.
24. González Ledesma, Fernando.- Abogado.
25. González Quevedo, José.- Ingeniero.
26. González Quevedo, Manuel.- Abogado.
27. Hoces y Cubas, José.- Estudiante.- nieto del Marqués de Fontalba, duque de Hornachuelos.
28. Ibarra Uriarte, Ramón.- Ingeniero.
29. Landecho y Velasco, Manuel.- Estudiante.
30. Lucio y Villegas, Rafael.- Capitán de Corbeta.
31. Manteola Cabeza, Jorge.- Estudiante.
32. Martín Gil, Francisco.- Ingeniero, hijo de Armando Guerra.
33. Martín Sánchez, Dionisio Celestino.- Estudiante, hijo de Nicolasa Sánchez.
34. Martínez Alonso, Horacio.- Empleado del Banco Hispano-Americano.
35. Méndez y González Valdés, Ángel.- Abogado.

36. Méndez y González Valdés, Ignacio.- Catedrático auxiliar.
37. Méndez y González Valdés, Félix.- Perito Agrónomo.
38. Méndez y González Valdés, Jesús.- Estudiante de Medicina.
39. Méndez y González Valdés, José.- Estudiante de Derecho.
40. Miró y Barbany, Laureano.- Aparejador. (Falangista de Guadalajara)
41. Miró y Barbany, Luis.- Aparejador.
42. Lopetedi Miró, Joaquín.- Estudiante.
43. Navarrete y del Solar, José María.- Ingeniero.
44. Navas Aguirre, Manuel.- Abogado.
45. Orgaz Benzocana, Eusebio.- Abogado.
46. Oteiza Arenos, José Antonio.- Ingeniero.
47. Quilez Sanz, Antonio.- Comandante de Artillería.
48. Prieto y Prieto, Santiago.
49. Rivera Ridaura, Valero.- Ingeniero.
50. Robles Rodríguez, Antonio.- Arquitecto.
51. Rodríguez Orduna, Ismael.- Canónigo y abogado.
52. Rodríguez Orduna, José.- Abogado.
53. Rodríguez Orduna, Fernando.- Maestro nacional.
54. Rubio Janín, Francisco.- Comandante de Caballería.
55. Sánchez Hermida, Antonio.- Abogado.
56. Sánchez Pindado, Serafín.-Sacerdote.
57. Sánchez Pindado, Nicolasa.
58. Sanz Pinilla, Juan Antonio.
59. Solance Beunza, Alfonso.- Teniente de Artillería.
60. Souceda (no se sabe su nombre).
61. Tejero del Barrio, Francisco.- Empleado.
62. Toll Messía, Manuel.- Conde de Cazalla del Río.- Ingeniero.
63. Uceda Chuvieco Cano, Isidro.- Alférez de Caballería.
64. Urquijo y Landecho, Estanislao.- Ingeniero.
65. Urquijo y Landecho, Santiago.- Perito electricista.

66. Vázquez Lázaro, Pablo.- Ingeniero.

67. Vegas Pérez, Luis.- Arquitecto.

5

Del ring al fascismo, la vida oculta de Paulino Uzcudun

Julio Arrieta para RI Correo

El eco de los golpes de Paulino Uzcudun (1899-1985) hace tiempo que dejó de resonar en la crónica de la España del siglo XX. Durante las décadas de 1920 y 1930, el 'Leñador de Régil' se convirtió en un fenómeno de masas, un icono de la virilidad y el primer gran ídolo deportivo transatlántico del país, capaz de abarrotar estadios tanto en Europa como en el reino del boxeo, Estados Unidos. Pero tras alcanzar el éxito total y codearse con famosos como Al Capone, los hermanos Marx y las actrices Perlita Greco y Clara Bow, su estrella se fue apagando en un lento proceso de decadencia hasta su muerte en el olvido.

Esta trayectoria sorprendente es la que recupera el historiador David Mota Zurdo en su libro 'El Toro Vasco. Deporte, identidad y violencia en la España de Paulino Uzcudun (1899-1985)', editado por Comares. Mota, profesor en la Universidad de Valladolid, se propuso rellenar lo que él denomina un «prolongado paréntesis narrativo» de cincuenta años en la biografía del púgil. «Si el de Régil, que alcanzó los 86 años, colgó los guantes a los 36, ¿por qué nadie ha profundizado en su historia tras retirarse?», plantea Mota como punto de partida.

La historia de Uzcudun comienza en un contexto rural, en Errezil (Régil), en Gipuzkoa, donde creció como el pequeño de diez hermanos en una familia humilde de labradores. Su fuerza hercúlea, forjada primero como aizkolari, le permitió dirigirse hacia el boxeo como una vía de escape lucrativa de la miseria del campo. Tras prestar el servicio militar, en el que practicó la lucha grecorromana, Uzcudun se mudó a San Sebastián, donde trabajó en varios oficios y comenzó a practicar el boxeo en el



gimnasio de Jean Baptiste Casalonga, un instructor militar francés de origen argelino. De ahí pasó a París, donde su ascenso fue meteórico.

Uzcudun se convirtió en un símbolo de la «furia española» que la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) no tardó en instrumentalizar a través de su propaganda de regeneración nacional. Mota apunta que Uzcudun pasó a ser «un símbolo de la España primorriverista y su patrioterismo», que siempre se mantendría fiel a una identidad española inquebrantable. Su etapa americana, durante la que fue conocido como 'The Basque Woodchopper', el leñador vasco, consolidó su fama mundial, aunque también le mostró la cara más amarga del negocio pugilístico. Mota documenta cómo su negativa a nacionalizarse estadounidense y su condición de extranjero católico le granjearon la enemistad de poderosos promotores que, según el propio boxeador, boicotearon su camino hacia el título mundial de los pesos pesados.

El estallido de la Guerra Civil en 1936, un año después de su retirada del ring, marcaría su transformación política definitiva. Tres años antes, en 1933, Uzcudun, que se había visto atraído por el fascismo durante sus viajes deportivos a Italia y Alemania, se afilió a Falange. Al comenzar la guerra, era un «camisa vieja», un falangista de primera hora, que fue perseguido en Gipuzkoa por sus simpatías políticas. Huyó de San Sebastián, donde se rumoreó que había muerto, y escapó a pie hasta Pamplona para unirse a las milicias de FE-JONS. El púgil fue «un convencido falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil, que rehuyó ser asociado con la identidad nacional vasca», resume Mota.

El historiador revela además que el boxeador no solo fue un activo propagandista que realizó giras benéficas para el Auxilio Social, sino que también formó parte de «un ambicioso proyecto de rescate: liberar a José Antonio Primo de Rivera de la cárcel de Alicante, donde se encontraba desde junio de 1936 a la espera de juicio». Según un plan de Manuel Hedilla y Manuel Aznar aprobado por Franco, se formó «un comando de asalto, que integró Uzcudun, para enviarlo a Alicante, asaltar la cárcel y volver con Primo de Rivera». La misión se canceló porque la indiscreción de los participantes la convirtió en un secreto a voces que llegó a oídos republicanos.

Pero quizá lo más sorprendente de la historia de Uzcudun es su papel en la Segunda Guerra Mundial. «Dada su afinidad ideológica con las fuerzas del Eje, la cercanía de su residencia a la frontera francesa y su reconocido gusto por el dinero, también participó en diversas iniciativas comerciales y de cooperación con miembros y colaboracionistas del Tercer Reich», cuenta Mota. El exboxeador actuó como escolta y colaborador de Rudy de Merode, alias del espía nazi francés Frédéric Martin, que dirigía una red de represión y expolio de bienes conocida como la 'Gestapo de Neully'. Este grupo, que trabajaba para la Abwehr, la agencia de espionaje militar alemana, tuvo una sucursal en 1944 en la «Villa Itsasmendi, un caserío situado en el monte Ulía de San Sebastián». Para los servicios de inteligencia aliados estuvo claro: «Uzcudun

fue miembro de una red muy activa dedicada a facilitar la fuga de nazis desde Francia a España».

Tras la guerra, el boxeador intentó, sin éxito, prosperar con una empresa de gasógenos antes de retirarse definitivamente a sus tierras de Torrelaguna, en Madrid. Los últimos años de Uzcudun ofrecen la imagen de un «juguete roto», un anciano afectado por una enfermedad neurodegenerativa que la prensa del régimen intentó ocultar para mantener viva la imagen de virilidad inquebrantable del héroe. El personaje «pasó de ser venerado y utilizado a quedar apartado». El régimen de Franco nunca le concedió la Medalla al Mérito Deportivo; tuvo que ser el gobierno democrático de Adolfo Suárez el que se la otorgara en 1979, cuando el púgil ya no podía reconocer a nadie.

6

El testamento que desmonta el mito laico de José Antonio

Infovaticana

Ochenta y nueve años después de su fusilamiento, quien se acerca a la figura de Primo de Rivera todavía tiene dificultades para descubrir su dimensión religiosa. El documento que firmó horas antes de morir no admite ambigüedad.

Hay figuras históricas cuyo pensamiento se cita mucho y se lee poco. José Antonio Primo de Rivera es una de ellas. Su prosa —que sus adversarios más honestos reconocen brillante— ha sido troceada en consignas, y su fe, cuando no se ignora, se despacha como un adorno retórico de su tiempo. Conviene entonces volver a los documentos. Y entre todos ellos hay uno que no admite lectura interesada: el testamento que redactó, de su puño y letra, en la prisión provincial de Alicante el 18 de noviembre de 1936, condenado a muerte, a las cinco de la tarde.

La reciente biografía que Homo Legens recupera —la que Giorgio Almirante escribió sobre el fundador de Falange, con prólogo de José Javier Esparza— tiene el mérito de reproducir ese testamento íntegro. Y su lectura obliga a una conclusión incómoda para el relato que presenta a un José Antonio meramente político, un pensador nacional al que la religión le quedaba a un lado. El hombre que escribe ante la muerte no deja lugar a esa interpretación.

Lo primero que sorprende del testamento es lo que no hace. José Antonio, que sabía cuánto pesaría cada palabra suya, renuncia expresamente al gesto heroico. Se defendió ante el tribunal, escribe, «con los mejores recursos de mi oficio de abogado», y no para «granjearme con gallardías de oropel la póstuma reputación de héroe». Quien esperase de él la pose del mártir romántico se equivoca de hombre.

Precisamente por eso su fe no puede leerse como impostura: no está actuando para nadie.

Sobre ese fondo de sobriedad, las referencias a Dios no son ornamentales, sino estructurales. El texto se abre encomendándose:

«Condenado ayer a muerte, pido a Dios que, si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia».

No es la frase de un deísta cultural. Es la de un católico que cree en el juicio particular, en el mérito y en la misericordia, y que se sabe pecador: pide que su muerte sea aceptada «en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida». Es la gramática exacta de la reconciliación cristiana ante el final.

El testamento no se limita a esperar el perdón de Dios: lo practica como rezamos en el padrenuestro. En la misma página en que ordena su muerte, José Antonio se detiene a saldar cuentas con los hombres. No pide clemencia para sí ni maldice a quienes lo han condenado. Perdona:

«Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico».

La fórmula «sin ninguna excepción» no es un giro piadoso de trámite. La escribe un hombre encarcelado por sus adversarios, juzgado por un Tribunal Popular, a horas de ser fusilado. El perdón alcanza, por tanto, a sus propios verdugos. Y le acompaña la petición inversa —que le perdonen a él—, que revela una conciencia que no se cree inocente ni superior a nadie. Almirante recoge además el gesto extremo del cadalso, cuando José Antonio se dirige a quienes van a matarlo: «Yo no os odio. ¿Por qué me odiáis vosotros, por qué me matáis?». No es la bravata del héroe, sino el eco literal del perdón del Evangelio pronunciado ante los que ejecutan la sentencia.

Si alguna duda quedara, la despeja la primera de las cláusulas dispositivas, la que abre su última voluntad jurídica:

«Deseo ser enterrado conforme al rito de la Religión Católica, Apostólica, Romana que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz».

El verbo es decisivo: profeso, en presente. No «la religión en que fui educado» ni «la de mis padres», sino la que sostiene como propia en el instante de mayor verdad que conoce un hombre. Y hay un detalle que casi nunca se cita y que resulta aún más revelador, porque no es una declaración de principios, sino un acto: entre las instrucciones a sus albaceas, José Antonio ordena destruir «cualesquiera libros

prohibidos por la Iglesia o de perniciosa lectura que pudieran hallarse entre los míos». Sometía su propia biblioteca al juicio de la Iglesia. Dificilmente cabe gesto más elocuente de obediencia doctrinal —y menos sospechoso de postureo— que el de un condenado a muerte preocupado de que no sobreviva entre sus papeles nada contrario a la fe.

El testamento no es un raptó aislado de piedad. Las cartas de esos dos últimos días, que Almirante recoge, lo confirman. A su tía monja le escribe con serenidad casi luminosa: «Estoy preparado para morir bien, si Dios quiere que muera, y para vivir mejor que hasta ahora, si Dios dispone que viva». Y a «tía Ma» le confía, con la naturalidad de quien describe una costumbre, no una excepción:

«He confesado y estoy muy tranquilo... Además, desde que nos metieron en este proceso feroz, me estaba preparando, por si llegaba este momento. Todos los días he hecho oración y he rezado el rosario».

Confesión sacramental, oración diaria, rezo del rosario: la práctica ordinaria de un católico, sostenida en la cárcel sin público que la aplaudiera. La noche del testamento lo visita además un anciano sacerdote también preso, el padre Planelles, que días después caería asesinado en la misma prisión. José Antonio muere, en fin, como quien ha ordenado su alma antes que sus bienes.

Del perdón brota lo más alto del documento, y lo que más nítidamente lo separa de sus contemporáneos. José Antonio no cierra su testamento pidiendo venganza ni prometiendo el desquite de los suyos. Pide lo contrario: que la guerra acabe, empezando por él.

«Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la patria, el pan y la justicia».

Conviene medir la distancia moral de esta frase respecto del clima que la rodeaba. En una España que se despeñaba hacia la matanza indiscriminada, donde la sangre del adversario se contabilizaba como victoria y se reclamaba más, el condenado de Alicante ofrece la suya con la esperanza expresa de que sea la última. No pide que corra más sangre en su nombre: pide que no corra ninguna. Frente a quienes hacían del odio un programa y de la sangre ajena un mérito, José Antonio deja escrito el deseo de un pueblo reconciliado en «la patria, el pan y la justicia». Es la misma lógica que ya había expresado en vida al reclamar para su movimiento una «batalla no de venganza, sino de reivindicación», y al proclamar como lema que «lo que importa es estar seguro de que se obedece a una ley de amor». Se puede discrepar de su política; no se puede, sin faltar a la verdad, situar esas palabras del lado del rencor.

Reconocida la fe personal, el honrado con la historia exige señalar también sus límites, porque de la religiosidad de José Antonio se ha abusado en dos direcciones opuestas. La primera la niega: presenta a un político laico cuya fe sería anecdótica. Los documentos la desmienten sin esfuerzo. La segunda, más sutil, la sobreexplota: convierte su catolicismo en coartada de un proyecto político, como si su credo bastara para bautizar sin matices toda su doctrina.

El propio José Antonio puso freno a esa segunda tentación. Rechazó hacer de Falange «un movimiento confesional ligado a la jerarquía», distinguiendo el orden de la política del de la Iglesia. Su famosa afirmación de que «no hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar» pertenece a una estética heroica de la existencia tanto como a una teología, y merece leerse con esa doble luz. La cautela es debida: una cosa es constatar que José Antonio era católico — lo era, y hondamente— y otra distinta anexionar su fe a una causa terrena. La primera afirmación la sostiene el testamento; la segunda excede lo que un documento puede probar, y el lector prudente hará bien en no confundirlas.

Devolver a José Antonio su dimensión religiosa no es un ejercicio de piedad partidista, sino de honradez intelectual. Un pensador se traiciona igual cuando se le amputa lo que fue que cuando se le atribuye lo que no dijo. El testamento de Alicante no es un panfleto: es la última voluntad de un hombre de treinta y tres años que perdona a sus enemigos, se confía a la misericordia de Dios y pide ser enterrado bajo la Santa Cruz. Leerlo entero —cosa que esta biografía por fin permite al lector español— es la mejor vacuna contra las manipulaciones. Los documentos, cuando se leen sin prisa, tienen esa costumbre incómoda de decir lo que dicen.

7

José Antonio: un raro español y del Atleti

Javier Rioyo para The Objective

Era el ausente más presente en nuestras vidas juveniles. José Antonio, en su retrato en camisa azul, bien peinado, más amable, más cercano y juvenil que su «compañero» omnipresente, el militar, dictador, serio y severo, Franco, que siempre se nos hizo lejano. Un militar poco empático, poco atractivo, poco elegante que mal podía competir con la seductora imagen del mártir de aquello que llamaron «cruzada». Un desastre de guerra que nos dividió, nos congeló, nos aisló de Occidente y retrasó años el desarrollo, las libertades y la democracia. Nunca sabremos qué hubiera pasado con José Antonio vivo. ¿Qué hubiera sido de nosotros si hubieran triunfado aquellos contradictorios mensajes de la Falange? Un insólito movimiento que articuló su discurso entre el fascismo y el anticapitalismo y aquella imposible propuesta de un peculiar sindicalismo con cercanías anarquistas, anarcotalangistas.

Católicos sin beatería, republicanos, antimonárquicos, patriotas burgueses, poéticos y pijos. Unas veces cerca de Mussolini, otras, por las conexiones intelectuales, del espíritu de Azaña. Un lío, un enigma, una utopía entre armas y letras difícil de desenmarañar. Yo fui adolescente joseantoniano, pequeño falangista de la OJE, con el disgusto de mi padre y la alegría de mi madre. De allí, por una rebelión antifranquista inducida por un jefe de centuria, salimos antifranquistas. Después de expulsados, nos fuimos por el camino de las acracias felices y las progresías de manual.



Siempre me siguió interesando la historia de la Falange, la de José Antonio Primo de Rivera, la de su corte literaria y de aquella doctrina que «murió» el 20 de noviembre de 1936 cuando el fundador fue fusilado. Después, dicen los que saben, el llamado «Movimiento» con Franco fue construido sobre la traición al «ausente». No soy el único interesado; recuerdo muy bien las conversaciones en casa de Aute para abordar un proyecto documental sobre la controvertida vida del líder falangista. Seguí leyendo, buceando en los documentados escritos que mi

admirado José Antonio Martín Otín, Petón para amigos y oyentes, en su descatalogado y heterodoxo acercamiento biográfico, *El hombre al que Kipling dijo sí*. Ahora estoy fascinado por su manuscrito joseantoniano rescatado del olvido. Un documento que fue escrito a pluma por José Antonio en unas semanas del mes de marzo de 1936 en la prisión de Alicante. Petón lo acaba de publicar con el título *Diario secreto de José Antonio*. Un bombazo para cambiar muchos lugares comunes de nuestra historia.

Amigo de Azaña y de García Lorca. De Josep Pla, que una vez dejó dicho: «Era muy buena persona este hombre; yo tengo un gran respeto por él. Políticamente, no me parecía muy admirador de su padre; él quería hacer otra cosa». No era el único catalán que hablaba bien del fundador de la Falange; el mismo Jordi Pujol escribió: «Sé que la cita es un riesgo, pero uno de los que entendió mejor, y en circunstancias muy difíciles, a Cataluña, fue José Antonio Primo de Rivera». También con admiración desde su exilio escribe Rosa Chacel sobre José Antonio: «Veo en el hombre una verdad muy profunda, luego recubierta por errores externos a España y propios de la época, del momento... Dos cosas son increíbles: una, que todo eso haya podido pasarme inadvertido a mí, en España, y otra que España y el mundo hayan

logrado ocultarlo tan bien. Porque no me extraña que llegaran a matarle: estaba hecho para eso, para que después de muerto se haga silencio sobre su caso».

En el libro de Martín Otín, Petón, se vuelve a sus conocidas relaciones de amistad y mutua simpatía con Federico García Lorca —ya nos lo había contado Pepín Bello, testigo de aquellos encuentros en la tertulia de La Ballena Azul— y a sus muy peculiares relaciones con Manuel Azaña, con muchas más afinidades de las que suponíamos. Una vez más, Azaña calcula mal, se equivoca al pensar que mantenerle preso era una forma de preservarlo de los peligros que para su vida representaron aquellos convulsos meses. No pudo, o no supo, Azaña evitar su fusilamiento sumarísimo en aquel día de noviembre. La guerra propició todo tipo de atropellos a la vida, a la libertad. Una guerra civil que ambos políticos, desde ideologías y posiciones tan diferentes, hubieran querido evitar.

Entre ingenua y excéntrica nos parece ahora aquella propuesta de gobierno que sugiere el falangista desde la cárcel de Alicante: Presidencia y Guerra, Diego Martínez Barrio. Justicia, Melquiades Álvarez. Marina, Miguel Maura. Gobernación, Portela Valladares. Instrucción Pública, Ortega y Gasset. Obras Públicas, Indalecio Prieto. Trabajo y Sanidad, Gregorio Marañón. Hay más nombres, ningún monárquico derechista; ningún ultra. Un insólito gabinete donde había masones, liberales, republicanos, socialistas moderados. Nos hace jugar con las posibilidades de una España distinta; feliz ucronía que nos recuerda aquella otra que escribió Max Aub imaginando una RAE donde convivían Alberti y Pemán, Lorca y Foxá o Bergamín y Sánchez Mazas. El sueño imposible de otra España posible.

Hay muchas más sorpresas y curiosas historias desconocidas de ese hombre joven que nos acompañó en fotografía y leyenda los años que vivimos sin democracia. Entre otras, la cercanía a Federico y al mundo de la Residencia de Estudiantes. Fue fundamental la ayuda que consiguió José Antonio para la supervivencia del muy querido empeño de Lorca para que La Barraca consiguiera salvarse. O esa relación carcelaria con un jovencísimo falangista llamado Eugenio Suárez. Memorable y querido periodista que hizo caso a José Antonio y aceptó su salida de la prisión, después que su líder le «liberó» de su obediencia debida al mando, de su juvenil manera de ponerse al servicio. El casi adolescente falangista, Eugenio Suárez, no estaba seguro si salir por la mediación de su padre o quedarse con su admirado líder, que debía seguir cumpliendo condena en la cárcel de la Moncloa. Así se lo dijo Suárez a su padre: primero es la disciplina. Cuando le transmitió sus dudas, su deseo de permanecer a su lado, José Antonio con tranquilidad y simpatía le dijo: «Haz lo que tu padre te diga, esa es la primera disciplina. Y sal de aquí. Este no es un sitio ni para ti ni para mí».

Gran tipo, gran persona y periodista de éxito fue nuestro querido Eugenio Suárez, creador de El Caso y de Sábado Gráfico. Al final de su vida, sin apenas trabajo,

olvidado de casi todos, fue ayudado por Jesús Polanco. Tuvimos la suerte de contar con su compañía y su amistad, disfrutar de su memoria en la Cadena SER. Otros tiempos. Nunca olvidaré aquella frase de Eugenio con la que se quejaba de la desatención que sintió como periodista: «¡Y para eso hemos muerto un millón de españoles!». Siempre vivaz, estuvo en muchos frentes. Recuerda Petón que «lo de Tejero le pilló dentro, tenía tajo en Las Cortes esa tarde; unos cuantos periodistas escaparon por la puerta de atrás, a alguno le dejaron salir: él se fue al bar y cuando sonó la ráfaga en el techo del Parlamento, Eugenio le dijo al camarero ‘otro whisky, por favor’». Eugenio y figura. Eugenio o proclamación de la primavera, idealista y falangista como el protagonista de la novela de García Serrano.

Gran libro el de Martín Otín para volver la mirada a un personaje despachado con demasiados tópicos. Anoche lo recordamos unos amigos mientras sufríamos con el Atleti, el equipo de Petón, el de Gonzalo Cores, el nuestro, el de tantos. Y el de José Antonio Primo de Rivera. En este Diario Secreto, se dejan claros los colores y los amores. Varios y poco conocidos amores tuvo José Antonio con algunas de las más elegantes de su tiempo. Aquí se da detalle de algunos en sutiles páginas dedicadas a su vida íntima. No se lo pierdan.

Ese navegante solitario, que tantas veces fue José Antonio, también convivía con el joven social, mundano, aficionado al fútbol y al gimnasio. Para hacer uso de las instalaciones del Gimnasio de Chamartín, el del Real Madrid, había que ser socio. Por eso se hizo socio del club tan blanco, aunque ni eran sus colores, ni vio partidos en ese estadio. «José Antonio Primo de Rivera era socio del Madrid por el gimnasio y del Atlético de Madrid porque le daba la gana». Palabra de Petón. Y el que lo dude, que pida la copia de su carnet de socio del Athletic Club de Madrid, el Atleti, con el número 4.839. Un raro político contra los caciques y los bolcheviques. Un hombre culto en un oficio de tantos aprovechados sin ilustrar. Lo escribe Torrente Ballester: «Estábamos en España tan acostumbrados a la incultura enciclopédica de los que a oficios políticos se dedican, que no pudimos menos de sorprendernos ante la finura mental de José Antonio». Pues eso, que de verdad recuperemos la memoria histórica.

8

Primo de Rivera es molesto

Jorge Vilches para The Objective

Leo en las redes sociales las molestias que ha supuesto el hallazgo del diario íntimo de José Antonio Primo de Rivera. Es un documento muy breve que relata apenas medio mes de su vida, pero es revelador como cualquier documento escrito para uno mismo. Las frases del fundador de Falange desmienten parte de la propaganda creada por el franquismo y la izquierda. Esto, que es algo normal en la profesión del historiador, o así debería ser, ha generado una avalancha de insultos que

hablan de «blanqueamiento» del personaje histórico. Lo curioso del caso es que en la crítica hay más impropiedades que argumentos, lo que define a quien insulta más que al insultado.

Vaya por delante que no tengo ningún interés en «blanquear» a nadie. No se me ha perdido nada en el pasado de nuestro país. Solo me interesa la historia como conocimiento, no como arma política. No tengo la intención de reivindicar a nadie ni de «hacer justicia» a personas, regímenes o colectivos pretéritos porque sencillamente me da igual. Ya tengo suficiente con lo mío. Sé por experiencia que la investigación histórica va modificando lo que sabemos sobre el pasado, y que aferrarse a una «verdad» y no soltarla es propio de políticos o de predicadores de la moral. No es mi caso.

Desde que tuvimos la desgracia de sufrir la Ley de Memoria Histórica, hemos visto una ofensiva por parte de la izquierda hacia todo aquello que contradice el dogma. Algunos llaman a esa imposición «consenso mayoritario», que, por supuesto, debe callar al minoritario. Ese rodillo vale para todo, desde la presencia española en América hasta la Transición, pasando por Isabel II, la Primera República, Alfonso XIII, el desastre de Annual, la Segunda República, la Guerra Civil y la dictadura de Franco. Para los «mayoritarios» ya está dicha la «verdad», pendiente siempre de la aplicación de cualquier teoría posmoderna a la moda. Cualquier cuestionamiento del «consenso» es «revisionismo» espurio, es decir, algo contado para sacar un rédito político. En psicología se llama a esto «efecto espejo», que consiste en atribuir a los demás lo que hacemos o somos nosotros.



En ese tránsito no existe el debate, sino la descalificación por fases bien calculadas. Primero se insulta al autor y se le atribuyen intenciones aviesas, luego se deslegitiman las fuentes, después la editorial o el medio, y por último, se ignora. Recuerdo a un catedrático que lo hacía con mucha eficacia: en lugar de criticar con argumentos un trabajo que le contradecía, lo ignoraba o lo insultaba con algún adjetivo que permitiera que su «tribu» académica despreciara el trabajo. Es lógico: es mucho más fácil soltar un impropio o un juicio moral que ir a un archivo para corroborar o desmentir lo que dice otro historiador.

No voy a señalar casos, obviamente, pero sí el de alguien que no está en la universidad. Me refiero a José Antonio Martín Otín, más conocido como Petón, exfutbolista y comentarista deportivo en COPE, que ha tenido la paciencia de descifrar la letra minúscula de José Antonio Primo de Rivera. El titular de su descubrimiento es

que, según se lee en el diario, Falange no participó en la organización del golpe de Estado del 18 de julio de 1936, lo que no significa que después no se sumara, como es sabido. Uno puede estar de acuerdo o no, y se puede discutir recurriendo al contraste historiográfico y documental. Es más: el hallazgo tiene un valor histórico indudable, que sirve para definir mejor los meses de la Primavera de 1936.

Sin embargo, los insultos han poblado las redes sociales, en especial X, desautorizando al transcriptor del diario —Petón— y lo que dice. Lo curioso es que la crítica se ha hecho antes de que el volumen estuviera en las librerías, y solo en atención a dos reportajes aparecidos en la prensa generalista. Ante este ataque, uno no sabe si se encuentra ante una epidemia de incomprensión lectora, de vagancia o de sectarismo. No dudo de que en breve aparecerán críticas profesionales que pongan el Diario secreto de José Antonio (Espasa, 2026) en su verdadero sitio, con sus aciertos y carencias, como es lógico. No obstante, la reacción hiperventilada y preventiva ante el desmontaje del mito es una muestra de cómo está mentalmente una parte de la profesión.

9

El Zurdo, los azules y los ecos de la Movida

Gustavo Morales para El Debate

Madrid tiene esas cosas: lo mismo te cruzas con un ministro jubilado en el Paseo de la Habana que con un punk ilustrado que cita a Nietzsche en Malasaña mientras suena un casete (¿Y eso qué es?) de La Mode. En ese Madrid —a ratos chotis, y otros new wave— se entendía mejor que en ningún otro sitio la extraña órbita cultural que, durante los años ochenta y noventa, gravitó en torno a un falangismo que ya no quería parecerse a nada: «No reniego de mi origen, pero digo que seremos mucho más que lo sabido, los factores de un comienzo», cantaba el poeta.

Porque hubo un tiempo —no tan lejano— en el que la camisa azul rehusó oler a alcanfor y quiso romper el cerco del olvido atormentado, reconquistar su épica. En ese paisaje auténtico aparece Fernando Márquez, «El Zurdo», personaje singular donde los haya. Un tipo que venía de la Movida —de la de verdad, la de garitos con humo, amplificadores cascados y noches interminables— y que, sin pedir permiso, decidió cruzar el Rubicón ideológico hacia territorios que entonces resultaban incómodos para casi todos.

Pero Madrid, como saben mis cinco lectores, es ciudad de rarezas fértiles. Así transitó el autor de Kaka de Luxe a la trinchera cultural. Márquez había estado en el origen del ruido. Fundador de Kaka de Luxe en 1977, en aquella primera llamada

punk en la que coincidieron Alaska o Carlos Berlanga, llevaba en el zurrón algo más que canciones: le supuraba una sensibilidad distinta, esa que mezclaba provocación estética con una suerte de inquietud intelectual que pronto desbordó el escenario.

Luego vendrían Paraíso y, sobre todo, La Mode, donde el Zurdo se convirtió en una de las voces más reconocibles de aquella nueva ola madrileña, flaco como un Quijote, con esa mezcla de elegancia y desaliño que solo Madrid sabe tolerar. Pero mientras el resto celebraba el pop y la noche, él decidía leer. Y lo hacía a su manera. Fanzines, tercera vía y heterodoxia ibérica teñida de azul mahón.

Su escuela no fue la academia, sino la fotocopidora. Fanzines de tirada mínima, distribuidos con la liturgia secreta de quien intercambia manifiestos en sobres marrones. Allí cabía todo: Drieu La Rochelle, Sorel, Otto Bauer, la División Azul, esa epopeya que fascinó a Dragó, el cómic y una idea recurrente —obsesiva casi— de «pensamiento independiente».

Aquello no encajaba en ninguna casilla, ni en la bazofia demagógica de las izquierdas, «donde no hay manoseada estupidez que no se proclame como hallazgo, ni en la patriotería derechista, que se complace, a fuerza de vulgaridad, en hacer repelente lo que ensalza». Era otra cosa: una especie de tercerismo hispano que rastreaba, con abundante intuición y ayuna de método, una forma distinta de entender la política desde la cultura. Márquez lo llamó como quiso —a veces con ironía, a veces con solemnidad—, pero siempre con esa voluntad de provocar reflexión antes que adhesión.

Su novela Fe Jones fue quizá la síntesis más clara de todo eso: autobiografía velada, ensayo encubierto, declaración generacional. Allí ya aparecía ese intento de reconciliar lo irreconciliable, de tender puentes entre mundos que no querían mirarse sin encono. Le sedujo el mundo azul. Y entonces se produjo el giro. O más bien, la travesía.

Porque El Zurdo no abandonó nada: simplemente amplió el foco. Empezó a orbitar alrededor de un falangismo heterodoxo, crítico con el pasado, interesado en la cultura más que en la consigna. Una tercera vía que, en los años noventa, trataba de reinventarse sin saber muy bien cómo.

Ahí entra la etapa del nuevo jefe nacional. Durante su jefatura (1995-1997), aquel intento de innovación —bautizado como «Proyecto el Relevo»— buscó algo más que reorganizar siglas: pretendía dotar de contenido a un espacio político condenado a la marginalidad. Y para eso necesitaba algo que le cundía a Márquez: imaginación cultural.

No fue una alianza convencional. Fue más bien un cruce de caminos. Revistas, aulas y conspiraciones de café. En aquellos años florecieron iniciativas que hoy suenan casi a relato de culto: la hoja volandera En Marcha, casi un dazibao, el mural

Patria, la revista Nosotros, todos impresos en Zacatecas; el curso de disidencia, los encuentros en locales de Cuesta de Santo Domingo donde se hablaba de geopolítica, estética, metafísica y libros, todo en la misma tarde.

Y, sobre todo, El Corazón del Bosque, la criatura editorial de Márquez, inspirada en Jünger, en la figura del «emboscado», en la idea del individuo que resiste desde los márgenes del sistema mientras el mundo sigue su curso. Allí se dieron cita nombres improbables, conexiones europeas, correspondencias con Aleksandr Dugin o Bouchet, y un intento —más intuitivo que estructurado— de construir algo parecido a una red cultural alternativa. No siempre funcionó. Pero dejó huella.

El precio de la rareza: El Zurdo pagó su osadía. En el mundo de la Movida, donde la transgresión tenía límites invisibles pero rígidos: las nocivas líneas rojas. Su deriva le convirtió en un apestado. No por lo que hacía —que tampoco era tan materia de escándalo



como otros transversales—, sino por lo que pensaba. Madrid es muy libre... hasta que no lo es. Y la policía del pensamiento se multiplica por esporas.

Aun así, siguió su camino: radio, ensayos, intervenciones públicas, siempre con esa mezcla de ironía, melancolía y desafío. Nunca fue un político al uso ni quiso serlo, «y un poco de todo lo fue sin querer». Era otra cosa: un explorador cultural metido en terrenos pantanosos.

Visto con perspectiva, aquello fue más que una extravagancia. Fue un síntoma. El intento —fallido, heteróclito, a ratos brillante— de encontrar una tercera vía en un país que ya había decidido simplificarse en dos. Un esfuerzo por hacer política desde la cultura, en un momento en que la cultura empezaba a dejar de ser peligrosa. Siempre lo fue, y sobre todo, fue una historia profundamente madrileña: de bares, de revistas imposibles, de conspiraciones pequeñas, de grandes ideas en locales modestos iluminados con un camping gas. De tipos que, sin saber muy bien cuándo y cómo, se encontraron nadando contra corriente.

Como si alguien, el ausente, estuviera diciendo: —Que ladren lo que les plazca. Nosotros ya cabalgamos—. Al final, en la entrevista que le hizo el Dr. Ignacio Armada, El Zurdo habló de música como él quería. El retorno a los orígenes. Una vez más volvemos al mito de Sísifo y a empujar la roca cuesta arriba.



Qué camino de escarcha, tu camino,
 aromado de mar de madrugada
 en la llama votiva de los cirios.
 Qué implacable vigilia de esperanza,
 José Antonio, tu nombre, en el relevo
 de la noche aterida que se acaba...

«...Al hombro azul del caminar despierto
 pasa y vence la luz con que renueva
 su tierno afán de servidumbre el cielo...»

¡Y este clamor anónimo en la tierra
 que presente de ti, de ti responde
 en tu ronda de eterna caminera!
 ¡Y este pisar castrense de los hombres
 con su paso de paz y de batalla
 que repica en la tierra como el bronce!
 ¡Y este pasmo de hierba atarazada
 en la ingenua mudanza del sendero...!
 ¡Y esta vela de vientos que te guardan!

¡Todo el tránsito azul al día nuevo
 para ti, José Antonio! ¡Y la promesa

de mirar y morir hacia lo eterno!
De sentir otra vez, cada alba nueva,
este mismo fervor que hoy con tu peso
en el hombro nos alza su bandera;
renovar, otra vez, rito y silencio
con esta misma plenitud de ahora,
y en este mismo pergeñar de incienso.

A este tránsito eterno de las sombras,
otra vez volveremos, José Antonio,
por el hábito antiguo de tu escolta.
Y el limpio amanecer que escuchó el voto
aun tendrá guardia en el difícil trance
del futuro sin ti, perplejo y solo.
Y nuestro grito vivirá en el aire,
más allá del recinto del Imperio,
donde quede la norma de tu imagen...

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com